

MANFRED THIEL. "*Versuch einer Ontologie der Persoenlichkeit*" (Esbozo de una Ontología de la personalidad). Springer Verlag. Berlín 1950.

Este volumen de apretadas 624 páginas tiene —como podemos saberlo desde la introducción— no pequeñas pretensiones. El autor desea darnos nada menos que todo un sistema o, como él dice, darnos una filosofía como pensamiento de la totalidad, echando mano de este modo a todas las formas de escepticismo y de pensamientos no metafísicos de nuestra época. Como si no bastase la magnitud de este volumen, el autor nos anuncia desde ya un segundo y tercer tomo, y está convencido que una redacción más concisa de sus pensamientos es imposible. Una cosa es cierta y es que él ha logrado esa meta con una pedantería y con una terminología filosófica que se esfuerza en expresar del modo más complicado, incluso los pensamientos más simples.

Se trata de una búsqueda y delimitación de las diversas relaciones —como se expresa el autor— del ser. El trabajo se subdivide en siete partes: 1ª) El intelecto y la dialéctica en la filosofía; 2ª) El problema del espacio; 3ª) El problema de la génesis; 4ª) El problema del tiempo; 5ª) La acción y el problema del valor; 6ª) El fundamento de la moralidad; 7ª) El ideal de la personalidad. El tratamiento del problema de la filosofía como "ciencia de las relaciones del ser" se inicia en función al problema del espacio y del tiempo, dado que éstos —según el autor— son los únicos medios en que se realizan relaciones y concatenaciones del ser. Ahondando el problema del espacio y del tiempo, como problema de las concatenaciones espaciales y temporales, el autor desea hacer surgir el problema de la unidad siempre más interior, en cuya relación desea hacer brotar, poco a poco, el problema de la moralidad.

Partiendo de la consideración metodológica de que el ser no nos es dado —a diferencia de los objetos— y dado que no sabemos cómo sea el ser, la única esperanza del filósofo consiste en aprehender las "concatenaciones" en cuya función aparecen los entes y, de este modo, identificar aquello que une al todo. Ahora bien —siempre según el autor— la concatenación del ser presupone que ella se realice siempre en el "medio" del espacio y del tiempo, puesto que no tenemos noticia de concatenaciones que se realicen fuera de ellos. Es cierto —observa el autor— que existen las concatenaciones lógico-conceptuales que son independientes del hecho que sean pensadas aquí y ahora; sin embargo —observa él— "se piensa siempre sólo en un determinado tiempo y en un determinado lugar. No se podría pensar si no se pensase hoy y aquí, en un determinado sitio y en un determinado tiempo: no conocemos ningún pensamiento fuera de aquel realizado en el espacio y en el tiempo. Incluso también las concatenaciones conceptuales, en cuanto poseen realidad, están sometidas a las condiciones de espacio y tiempo dentro de las cuales son concatenaciones del ser" (pág. 54). Pero, durante el curso de su análisis el autor se da cuenta que "no podemos presuponer el espacio como algo natural, ya que lo concebimos sólo por medio del concepto y, por consiguiente, aquello que antes nos aparecía como originario ahora se nos manifiesta como un fenómeno secundario, o sea, sólo el concepto, como concatenación, crea el espacio como aquello dentro de lo cual nos encontramos" (pág. 63).

Sin embargo, el análisis nos lleva, a su vez, a un nuevo reconocimiento: a aquel de "el problema del espacio, como tal, se funda en aquél de la comunicación interespacial, de tal modo que surge el problema de cómo a los entes les pertenece una "comunicación interespacial" (pág. 71).

No creo que tenga sentido seguir más adelante con la pseudodialéctica de esta "metafísica": quien, desde estos pocos ensayos, sintiése deseos de hacerlo podrá recorrer el libro donde encontrará todos los problemas de la física, de la lógica, de la historia, e incluso profecías sobre Europa, en el último y concluyente capítulo titulado "El espacio europeo y el mundo" en cuyo último párrafo "Misión y tarea" se termina el libro con un versículo de San Juan.

Nosotros, amigos y deudores de Alemania, no podemos sino lamentar que hoy en el país de la más grande tradición filosófica sea posible publicar semejantes libros.

ERNESTO GRASSI